



Cada ser humano libra
un conflicto en su interior

DOS GLADIADORES dentro de nosotros

HUGO ESTRADA

Dentro de cada uno de nosotros cohabitan dos individuos con criterios muy dispares. Uno pretende conducirnos según los criterios del mundo; el otro busca que sigamos los principios de Jesús en el Evangelio. Estos dos individuos pugnan por controlar nuestra vida.

San Pablo, en el capítulo séptimo de su carta a los Romanos, expresó, como ningún otro, este conflicto interior que cada ser humano libra en su vida. Ese sentirse impulsado hacia las alturas y ese verse tantas veces en los abismos más profundos. San Pablo a esos dos individuos los llamó el "hombre espiritual" y el "hombre no espiritual". Ambos estarán en

lucha constante mientras nuestro corazón no deje de latir.

El Santo y el tentador

En la vida del apóstol Pedro se evidencia claramente esta lucha. Un día Jesús les pregunta a los apóstoles qué piensan acerca de Él. Dice el Evangelio que en esa oportunidad Pedro se dejó llevar por el Espíritu Santo y dijo: "*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios*" (Mt 16, 16). Pedro se dejó guiar por su hombre espiritual, y fue el primero a quien se le reveló que Jesús era el Hijo de Dios.

Pero, a los pocos instantes, Pedro ya estaba siendo dominado por su "hombre no espiritual". Jesús le advirtió que debía ir a Jerusalén para que lo mataran; fue entonces cuando Pedro intentó disuadirlo; con calor le aconsejó que desistiera de su empeño, que no hacía falta ser tan "extremista". Jesús lo llamó "Satanás", y le hizo ver que se dejaba llevar por criterios humanos y no por el Espíritu de Dios. En efecto, Pedro, en ese momento, estaba siendo dominado por su hombre "no espiritual".

Así es nuestra vida. Una lucha constante. Cuando nosotros nos dejamos llevar por el hombre no espiritual, como Pedro, servimos de estorbo, de tentación para los otros. Tal vez con apariencia de amistad, estamos apartando a otros del camino de Dios y conduciéndolos por los senderos del mundo.

Cuando en el momento de la tribulación se aconseja ir a un centro espiritista o al médico para que practique un aborto, se está repitiendo la escena de Pedro que se convierte en tentador y que, muy bien merecido, tenía el apelativo de "Satanás". Cuando, con la intención de consolar y animar, se induce a otros por derroteros de vicio, la persona está haciendo el oficio de "tentador" porque no está siguiendo los criterios del Evangelio, sino los del mundo.

La gran tentación de Pedro: quererle dar clases a Jesús, indicarle qué era lo que debía hacer. Nuestra gran tentación consiste en decirle a Dios: "Señor, yo tengo otra idea mejor". Eso de tener otra idea distinta de la de Dios es lo que se llama dejarse dominar por el hombre no espiritual.

La Biblia asegura que nosotros no podemos decir: "Jesús", si no es por la acción del Espíritu Santo (1 Cor 12,13). De aquí el cuidado de estar siempre vigilantes para saber si es el Espíritu de Dios el que inspira nuestras obras o es el espíritu del mal.

El escándalo de Pedro

Pedro se alborotó cuando oyó que Jesús hablaba de que lo iban a matar. Pedro era hijo de su época, y sus contemporáneos pensaban que el Mesías sería invencible, una especie de "superhombre". Por eso cuando Jesús les habló de "ser derrotado", Pedro no se contuvo, se escandalizó.

Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Churchill tomó la dirección de la Gran Bretaña, con sinceridad, se presentó al pueblo y le dijo que sólo le podía ofrecer "sudor, lágrimas y sangre". Jesús nunca dijo que su camino era fácil. Todo lo contrario. Aseguró que para entrar en su reino había que pasar por una "puerta estrecha" (Mt 7, 13) y por un "camino angosto". Además puntualizó que sus seguidores se distinguirían porque serían portadores de una cruz.

Saber decir "NO"

Para Jesús, llevar la cruz significa "negarse a sí mismo". Que equivale a decirle no al hombre no espiri-

tual, y decirle sí a Jesús. Cuando se presenta un negocio halagador, con perspectivas de múltiples ganancias, pero que hay que conseguirlo por un camino erizado de trampas y mentiras, entonces el hombre espiritual dice: "No". Automáticamente le está diciendo sí a Jesús. Nues-

tro hombre no espiritual sabe ingeniar para presentarnos caminos fáciles, atrayentes, pero que van en dirección contraria a lo que Dios señala. Cuando decimos: "No", estamos tomando nuestra cruz.

En el siglo VI apareció un individuo llamado Telémaco. Decidió irse al desierto y santificarse en medio de la oración y del ayuno. Pero un día, Telémaco reflexionó que muchos en

Roma no tenían quién les hablara del Evangelio de Jesús, y por eso iban por el camino de la perdición. Decidió retornar. Llegó a Roma mientras ochenta mil personas rugían en el circo romano ante el espectáculo de los gladiadores, a quienes los ponían a matarse unos a otros para que la gente tuviera un grandioso espectáculo. Telémaco saltó de las graderías a la arena del circo, comenzó a implorar a los gladiadores que no cometieran esa barbaridad. Alguien atravesó con la espada a Telémaco. Al momento, aquel rugido de los espectadores enmudeció; no pudieron seguir gritando ante la sangre derramada por aquel individuo en la arena del circo.

En el mundo —en el circo del mundo— hay muchas cosas que están torcidas; abundan las tinieblas. Se necesitan hombres que sepan saltar de las graderías a la arena, no

para continuar el macabro espectáculo, sino para dar testimonio de la Luz. Eso es arriesgado, es un "hara-kiri" mortal; a eso Jesús le llamó "perder su vida para ganarla" (Mt 10, 39). Eso es saber tomar su cruz en el momento preciso.

¿Quo vadis, Dómine?

Hay una leyenda que cuenta que durante la persecución contra los cristianos, en Roma, Pedro determinó huir de aquella ciudad. En el camino se le apareció Jesús; Pedro le preguntó: "¿Quo vadis, Domine?", ¿A dónde vas, Señor? Jesús le hizo ver que se encaminaba hacia Roma a tomar la cruz que Pedro rehusaba llevar. Pedro comprendió y regresó a Roma. Es una leyenda que puntualiza que, en una época de su vida, Pedro se dejó dominar por su hombre no espiritual. Le tuvo miedo a la cruz y, por eso mismo, también quería —como tentador— apartar a Jesús de su cruz. Pero llegó la segunda época de la vida de Pedro, cuando su hombre espiritual fue el que controló su vida. Testimonio de eso es la muerte del apóstol: Pedro murió en una cruz como su Maestro.

Nuestra santificación consiste en velar para que, día a día, vaya muriendo en nosotros, más y más, nuestro hombre no espiritual, y que se agigante nuestro hombre espiritual. A eso se le llama santidad, que consiste en irse pareciendo cada vez más a Jesús.

La lucha entre nuestros dos individuos interiores no concluirá sino hasta el momento en que se paralice nuestro corazón. Las veces que permitamos ser dominados por el hombre no espiritual, seremos auténticos "tentadores" para nosotros mismos y para los demás. Cuando seamos controlados por nuestro hombre espiritual, entonces, como Pedro, podremos descubrir a Jesús, Dios y hombre, y ya no le tendremos miedo a nuestra cruz de cada día.



Para Jesús, llevar la cruz significa "negarse a sí mismo". Que equivale a decirle no al hombre no espiritual, y decirle sí a Jesús.